

cucilllas junto a mí. Se viste como yo, pero con mayor nobleza. No lleva pañuelo. Tiene la expresión de lo infinito en su rostro y entre sus manos sostiene desplegado un acordeón azul que jamás toca y sobre el que se lee: PESIMISMO. Páseme este trozo de azul, mi querido Sentimiento de lo inútil, su canción agradecería a mis oídos. Cuando acerco los fuelles sólo se ven las consonantes:

PSMSM

Los aparto y he aquí las I:

PSIMISM

La E y la O

PESIMISMO

Y esto gime de izquierda a derecha:

ESIMISMO — PSIMISMO — PESIMISMO  
PESIMISMO — PESMISMO — PESIISMO  
PESIMISMO — PESIMIMO — PESIMISO  
PESIMISM — PESIMISMO

## PESIMISMO

La onda desemboca sobre este arenal con un estallido bárbaro. Y vuelve a tomar el camino de regreso.

PESIMISMO — PESIMISM — PESIMIS  
PESIMI — PESIM — PESI  
PES — PE — P — p..., nada más

Balanceándose tan sólo un pie en la mano, algo teatral y algo vulgar, su pipa de barro y su gorra

ladeada y cantando creo yo: *Ah, si conociera usted la vida de los caracoles de Borgoña...*, en lo alto de los escalones, entre el polvo y las colillas, este chico encantador: El Sentimiento de lo inútil.

Vuelvo sobre mis pasos; de nuevo la luz se descompone a través del prisma de la imaginación, me resigno a este universo irisado. ¿Qué ibas a hacer, amigo mío, en los confines de la realidad? He aquí tu reino de sal gema, tus asterias y tus famosos yacimientos. Sabes muy bien, broma anodina, que tú eres el Aladino del Mundo Occidental. Jamás saldrás de esta gran mancha de color que arrastras en el fondo de tus retinas. Ridículo debate como una llama en el fuego. No abandonarás tu navío de ilusiones, tu villa de adormideras en el bello tejado de plumas. Tus ojos carceleros pasan y repasan agitando sus manojos de reflejos. Es inútil que, después de veintiséis años, cavando con un pedazo de razón quebrada un subterráneo que parte de tu jergón, crees desembocar al borde del mar. Tu memoria da a una mazmorra. Allí encontrarás siempre las mismas flores, los mismos bosques de cabellos, los mismos desastres de caricias. En tu Tebaida, los leones acostados son fulgores de amnesia y ¡los fantasmas!, los fantasmas nacarados tienen el aire de rezar y se eclipsan. Esclavo de un escalofrío, enamorado de un murmullo, no he terminado de decaer en este crepúsculo de la sensualidad. Algo más impalpable, algo menos aprehensible... cada día me esfumo en mí mismo y, finalmente, muy poco me importa que me comprendan, yo no comprendo ya ni el viento ni el cielo, ni las menores canciones ni la bondad ni las miradas. Es así como, Bee's polish y Kiwi, me deslizo, gracias a mi distracción, a lo largo del escapate del limpiabotas, al otro lado de la escalera de salida a la rue Chauchat y como, volviendo hacia

los bulevares, franqueo a mi derecha la boca del primer pasillo que reúne el fondo de dos galerías del pasaje, sin caer en aquellas negras explanadas que conducen al Théâtre Moderne. Frente al sastre y a los salones de peluquería, sólo una planta de escaparate que pertenece al restaurante Arrigoni, garrafas italianas de largos cuellos, de corseletes de paja, pintura coloreada de un banquete memorable en el lugar de honor, separa de este pasillo la casa de Baños de color *petit-suisse*.

Hay una relación muy fuerte en el espíritu de los hombres entre los Baños y el placer: esta antigua idea contribuye a otorgarle cierto misterio a estos establecimientos públicos donde la gente no se arriesgaría, tan grande es la superstición de las enfermedades contagiosas y tan extendida la creencia de que las bañeras aquí prostitutas son peligrosas sirenas para el visitante que se confía a su leproso esmalte, a su hojalata manchada. Así estos templos de un culto equívoco tienen un aire de burdel y de lugares de magia. Nada permite al paseante inexperto afirmar por algún detalle de la arquitectura la sospecha que le sugiere la irregularidad de tal edificio: BAÑOS, dice solamente la fachada, y esta palabra oculta una gama indefinida de verdaderos letreos, todos los placeres y todas las maldiciones del cuerpo, pero ¿quién sabe?, quizá, a su abrigo, sólo se encuentra el agua prometida, clara y cantarina. Existe una gran incitación a lo desconocido, y hacia el peligro, aún mayor. La sociedad moderna tiene en poca consideración los instintos del individuo: cree suprimir lo uno y lo otro, y, sin duda alguna, lo desconocido ya no existe bajo nuestros climas más que para aquellos cuyo corazón está fácilmente ebrio; en cuanto al peligro, vean como cada día todo se vuelve más inofensivo. No obstante, hay en el amor, en todo amor que sea aquel ímpetu físico, o aquel espectro, o aquel genio diamantino que me murmu-

ra un nombre igual al frescor, hay, no obstante, en el amor un principio fuera de la ley, un sentido irrimprimible de delito, el desprecio por lo prohibido, y el gusto por el saqueo. Pueden asignarle siempre a esta pasión de cien cabezas sus moradas u otorgarle palacios; querrá escaparse fuera, siempre fuera, allí donde nada le haga esperar, donde su esplendor es un desencadenamiento. Que brote donde nadie la siembre: ¡cómo le convulsiona la vulgaridad!; tiene bruscos sobresaltos de ignominia. Algunos poseídos que se sienten agarrados por su obsesión, la calle; solamente allí experimentan el poder de su naturaleza. Ustedes ha encontrado a estos hombres sombríos en el corazón de la muchedumbre, a estas mujeres locas en primera de Nord-Sud hacia las cinco. ¿Cuántas veces han visto una alianza en el dedo de la viajera? Y, sin embargo, nada, ella buscaba nada más que este desenfreno pasajero. El cielo humano tiene sus relámpagos que uno no puede seguir. Compensaciones o vértigos, ¿qué traman estas extrañas cleptómanas del placer? A estas esposas que me imagino *aparentemente* felices las apruebo por tener el alma tan elevada como para no contentarse con su suerte. ¡En marcha, en pos del infinito! Helas aquí, en el cine, extraviadas en la oscuridad o bien en los soles giratorios de los tivivos de las ferias, el vestido levantado como un reto. Van a la conquista de sí mismas, a la cruzada del deseo: ¿Liberarán esta tumba, su corazón? El vagabundeo de la incertidumbre, he aquí lo que ésta forzosamente provoca: en el momento de una maniobra, un paseante puede a la vez creerse finalmente escogido, creer ser engañado aún por la imaginación. Otra se complace sobre todo en codiciar a un hombre que no la observa, en engañarse con una esperanza creciente, hasta el galante saludo del sombrero que tiene el sabor de las manzanas verdes, ella gritaría. Otra se dedica a la caza con una negra